



¿QUÉ
DEFINE
QUIÉN
ERES?

DE LOS CREADORES DE CUARTO DE GUERRA

VENCEDOR

UNA NOVELIZACIÓN POR
CHRIS FABRY

BASADA EN LA PELÍCULA POR
ALEX KENDRICK & STEPHEN KENDRICK

VENCEDOR





¿QUÉ
DEFINE
QUIÉN
ERES?

VENCEDOR

UNA NOVELIZACIÓN POR
CHRIS FABRY

BASADA EN LA PELÍCULA POR
ALEX KENDRICK & STEPHEN KENDRICK



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC., CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Visite el sitio web de Chris Fabry: www.chrisfabry.com.

Para más información sobre *Vencedor*, visite www.overcomermovie.com y www.kendrickbrothers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Vencedor

© 2019 por Kendrick Bros., LLC. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés como *Overcomer* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4964-3861-4.

Las fotografías de la portada y del interior son cortesía de AFFIRM Films A Sony Company © 2019 Columbia TriStar Marketing Group, Inc. Todos los derechos reservados.

El arte de la película © CTMG 2019. Todos los derechos reservados.

Edición en inglés: Caleb Sjogren

Traducción al español: Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Publicado en asociación con la agencia literaria WTA Services, LLC, Franklin, TN.

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Vencedor es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de los autores.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Fabry, Chris, date- author.

Title: *Vencedor* / Chris Fabry.

Other titles: *Overcomer*. Spanish | *Overcomer* (Motion picture)

Description: Carol Stream, Illinois : Tyndale House Publishers, Inc., 2019.

Identifiers: LCCN 2019019884 | ISBN 9781496438669 (sc)

Subjects: LCSH: Sports stories. | Film novelizations. | GSAFD: Christian fiction.

Classification: LCC PS3556.A26 O9417 2019 | DDC 813/.54—dc23 LC record available at <https://lccn.loc.gov/2019019884>

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

25 24 23 22 21 20 19
7 6 5 4 3 2 1

Para Ryan: Tú eres un vencedor.

—CHRIS FABRY

Dedicado a mis seis hijos: Joshua, Anna, Catherine, Joy, Caleb y Julia, quienes han aprendido muchas lecciones de vida en el deporte de campo traviesa. Ustedes son campeones en las carreras y en la vida. ¡Sigam buscando al Señor! ¡Los amo y estoy orgulloso de ustedes!

—ALEX KENDRICK

*Pronto concluirá tu misión
en esta tierra;
raudos pasarán tus días de
peregrino;
la esperanza se transformará
en frutos de alegría,
¡La fe por lo que se ve, y la
oración por alabanzas!*

«JESUS, I MY CROSS HAVE TAKEN», HENRY F. LYTE

PRÓLOGO



JUNIO DE 1999

Barbara Scott se detuvo frente a la puerta principal de su casa y escuchó, con esperanzas de oír algún sonido desde el interior. Ruidos del televisor. El llanto de su nieta. Ansiaba oír cualquier cosa menos el silencio. Esa mañana, se había despertado con la sensación de que sería un día en el que sucedería algo bueno, en el que llegaría la respuesta a sus oraciones. Cuando volviera a casa después del trabajo, todos sus temores se aliviarían. Sintió una punzada de expectación, una agitación indescriptible, tan dolorosa como esperanzadora. Dolorosa por lo que había perdido en la vida. Esperanzadora porque quizás hoy, por fin, las cosas podrían cambiar. Tenían que mejorar, ¿no? No podían empeorar.

La sorprendió su propio reflejo en la ventana. A sus cuarenta y cinco años, Barbara parecía haber estado frente a muchas puertas. Algunas estaban cerradas con llave. Otras, abiertas de par en par e invitándola a entrar. Sabía que no debía cruzar ciertas puertas, y había otras para las que no sentía la confianza suficiente como para entrar. La vida era una sucesión de puertas y de remordimientos.

Un viento tibio de verano silbó entre los árboles, pero ella sintió un frío inesperado cuando tomó la manija endeble. Algunos escalofríos llegaban y seguían de largo. Este lo sintió hasta la médula. ¿Estaría por enfermarse de algo?

Su hija, Janet, siempre hablaba de enfermarse de algo. Eso tenía un nombre: *hipo-* algo... pero la palabra que se le ocurría a Barbara era *drama*. Había tanto dramatismo en la vida de esa muchacha. El suficiente para el resto de sus días. ¿Cuándo terminaría el drama? ¿Cuándo podría Barbara seguir adelante sin todas las preocupaciones y las luchas que le causaba Janet con sus malas decisiones?

Por favor, Dios. Que esté aquí. Es lo único que pido. Que esté sentada en el sofá. Permíteme escuchar el llanto de esa bebé. Lo único que deseo es que hayan vuelto. ¿Es mucho pedir? Aceptaré el dramatismo. Simplemente tráelas a casa otra vez. Que hoy tenga novedades de ella, Señor.

Empujó la puerta para abrirla y esta osciló sobre bisagras chirriantes. Tenía que rociarlas con aceite. Esas bisagras habían soportado el peso de la puerta, como el que ella acarreaba: sus decisiones y las decisiones de los demás. Sobrellevaba la vida como una cruz. Tenía la

espalda cansada, le dolían las rodillas y sus tobillos estaban hinchados por una jornada entera de trabajo. Estaba en la plenitud de la vida, pero se sentía como si le hubieran arrancado todo hasta dejarla como un trapo estrujado, y sus esperanzas y sueños se hubieran derramado sobre el piso, y no había nadie más que ella para limpiar el desastre. ¿Por qué tenía que ser siempre ella quien debía poner las cosas en orden?

Es una soledad peculiar, cuando la vida se desparrama por el suelo y uno es el único que está para limpiarla. Ella no tenía la energía para hacerlo. Se le había ido con su marido. Simplemente había volado como un pájaro arrastrado por un viento fuerte.

Cuando la puerta golpeó contra el armario vacío, Barbara dio un paso adentro y echó un vistazo a la sala de estar. Quizás la maleta de Janet estaría allí. Su chaqueta, en el respaldo del sillón. Janet cargando a la bebé y acercándose por el pasillo desde el cuarto de atrás. No vio nada de eso. No escuchó el llanto de ningún bebé. La sala no estaba distinta de como la dejó cuando se fue: fría, vacía y silenciosa.

Dejó el bolso y las llaves y cerró la puerta, luego revisó el cuarto de Janet. La cama estaba tal como Barbara la había dejado esa mañana: hecha pero vacía. La cuna de su nieta en el rincón, también vacía. Al verla, sintió un dolor profundo y punzante en el alma. ¿Dónde habían ido Janet y Hannah?

Desde luego, Barbara lo sabía. No la ubicación exacta,

pero sabía con quién estaban. Barbara había ido al antiguo apartamento del hombre, pero el auto de él no estaba y nadie atendió cuando llamó a la puerta. Llamó a su trabajo, pero le dijeron que había renunciado. Nadie sabía dónde estaba.

Otra puerta cerrada. Otro callejón sin salida.

Después del nacimiento de Hannah, hubo un período de luna de miel en el que Janet pareció tener nuevas energías debido a esta nueva vida. Había algo especial en el hecho de tener una bebé en la casa, a pesar de los llantos a las tres de la mañana, que le indicaba a Barbara que las cosas iban a estar bien; que, aunque el mundo pareciera estar fuera de control, siempre había una oportunidad para la vida. Alguna vez había escuchado que el llanto de un bebé era la manera que tenía Dios de decirle al mundo que Él seguía teniendo un plan. Ahora, parada en ese cuarto vacío, Barbara se preguntó si el plan de Dios se había desviado. Tal vez, Él había olvidado sus oraciones o nunca las había escuchado. Y, entonces, apareció el pensamiento aterrador. Quizás, Dios no estaba ahí en absoluto.

Meses antes, Janet había vuelto a su casa arrepentida, lamentando profundamente sus errores y el lío que le había causado a su madre. Barbara se alegró de que Janet no hubiera tomado la decisión de acabar con la vida del bebé que llevaba en su vientre. Le había inculcado a su hija que la vida era sagrada y que ningún niño era un error. De esa manera, transitaron juntas los últimos meses del embarazo, acercándose un poco más cada día, y arreglaron juntas el

cuarto de atrás con una cuna que Barbara había conseguido en una venta de segunda mano. También reparó la tablilla rota de la mecedora que su propia madre había usado cuando Barbara era bebé. Ah, los apoyabrazos desgastados de esa silla y los recuerdos que le trajeron cuando posó sus manos en ellos.

Luego, dos meses atrás, Janet y Hannah se habían marchado cuando Barbara estaba en el trabajo. Ni una nota. Ni una llamada. Nada. Sin más, desaparecieron sin rastro. Y, día tras día, Barbara volvía a casa con la esperanza de oír el sonido de esa criatura.

Barbara caminó hacia la cocina y vio la luz roja intermitente. El contestador automático. Su corazón se agitó cuando apretó la tecla y escuchó la voz computarizada: «Tiene un mensaje». ¿Por qué la máquina no lo reproducía directamente, en lugar de decirle cuántos mensajes había y a qué hora habían ingresado? Lo único que quería era escucharlo.

Volvió a sentir esa punzada de dolor en su interior. Si pudiera escuchar la voz de Janet y saber que la pequeña Hannah estaba bien, sería suficiente. Sería la respuesta a sus oraciones. Como si la esperanza entrara por la puerta de su casa. Eso le diría que no le había pedido demasiado a Dios.

«Señora Scott, habla Cindy Burgess del hospital».

El hospital. ¿Por qué la llamaban desde el hospital?

«Tenemos una emergencia y necesitamos que venga de inmediato. Cuando escuche este mensaje, por favor, llámeme. Mi número es...».

¿Una emergencia?

Sonó el timbre de la puerta y Barbara no pudo procesar el sonido. Levantó su brazo como si, con ese gesto, pudiera hacer que la persona se fuera. Buscó algo donde escribir mientras la voz del mensaje repetía el número de teléfono.

El timbre volvió a sonar. Luego, un golpe fuerte.

«¡Un momento!», gritó Barbara, tomando una factura sin pagar de la mesa de la cocina. Le dio vuelta y anotó el número en el reverso.

«Por favor, llámeme lo antes posible, señora Scott —dijo la mujer en el contestador—. Mejor aún, venga aquí ni bien pueda».

Esta vez, golpearon la puerta con fuerza. Alguien gritó:

—¡Abra!

—¡Espere un minuto! —gritó Barbara, intentando garabatear los últimos cuatro números. Tratando de pensar quién podría estar hospitalizado y por qué le llamaban a ella al respecto. Esperando que no fuera quien ella pensaba.

La puerta delantera se abrió de repente y golpeó con fuerza el armario. Barbara vio el rostro del demonio en persona. Ese al que todos llamaban El Tigre. Por qué lo llamaban así era algo que ella ignoraba y que no le importaba.

El Tigre sostenía una manta frente a él. Era la que Barbara había hecho para Hannah. Pequeña y rosada y suave. Puso un pie dentro en la casa.

—Tú no entras aquí —dijo Barbara—. Te dije que nunca vinieras a esta casa.

Sus palabras no le llegaron. Él tenía los ojos vacíos y rojos. Las mejillas, hundidas. Solía andar bien vestido y tener mucha confianza en sí mismo; no, arrogancia. Pero ahora traía puesto un pantalón deportivo y una camiseta manchada. Tenía la barba descuidada y su ropa estaba tan arrugada que parecía que tenía un mes sin lavarla.

—No sabía qué hacer —dijo El Tigre, tartamudeando—. Solo quería... —Su voz se apagó.

¿De qué cosa estaba hablando?

—¿Dónde están Janet y la bebé? Hace dos meses que no las veo. ¿Estuvieron contigo?

—Sí —asintió. Todo su carisma había desaparecido. Esa arrogancia que había usado para atraer a Janet se había esfumado. Parecía la muerte en fermento. Se agachó y dejó la manta en el piso, frente a él.

La manta se movió y un puñito apareció de pronto entre los pliegues. Barbara dejó escapar un grito ahogado. Se agachó, miró el interior y escuchó a su nieta lanzar un llanto áspero.

—Ay, ven aquí, nena... está todo bien —dijo Barbara acunando a la bebé sobre su pecho. Ni bien logró sujetar a Hannah, empezó a mecerse, moviéndose hacia adelante y hacia atrás para tranquilizar y reconfortar a la niña.

—Llamé al 911 —dijo él frágilmente, con voz distraída.

—¿Hiciste qué? —dijo Barbara—. ¿Por qué llamaste al 911?

Él no respondió. Su mirada iba de un lado a otro, como si no supiera dónde estaba. Entonces, se dio vuelta y trastabilló

hacia la puerta, y ella vio cómo ondeaban los cordones desatados de sus zapatos deportivos.

—¿Dónde está mi hija? —gritó Barbara—. ¿Está en el hospital?

Hannah empezó a gritar.

El Tigre se detuvo en el primer escalón y miró hacia atrás con un miedo que ella nunca antes había visto.

—Lo intenté. Realmente, hice todo lo posible. No supe qué hacer.

—¿Qué sucedió? —dijo Barbara. Agarró su bolso y salió detrás de él, sujetando firmemente a la bebé.

Él tropezó en las escaleras y se cayó, golpeándose el codo contra el cemento. Lanzó un grito apagado de dolor. Ella no lo ayudó a levantarse.

—¿Dónde está el asiento de seguridad de Hannah?

—No sé.

—¿La trajiste en auto hasta aquí, sin su asiento? —gritó Barbara.

Él logró ponerse de pie y avanzó unos pasos hasta su auto, caminando como si el suelo estuviera inclinado en un ángulo imposible.

—Si lastimaste a mi hija, tendrás que asumir las consecuencias. ¿Me entiendes?

Tres veces, él intentó abrir su puerta, mirándola, articulando algo que ella no podía escuchar. ¿Qué decía? No sabía leer los labios, pero juraría que estaba diciendo: «Lo siento».

—¿Cuándo fue la última vez que comió esta bebé?

—gritó Barbara—. ¿Dónde está su leche? ¿Y dónde están sus biberones? ¡Contéstame, Tigre!

Él abrió la puerta y cayó detrás del volante de su elegante automóvil con asientos de piel. Lo puso en marcha y retrocedió, pero había olvidado cerrar su puerta. Cuando aceleró el motor, la puerta se cerró con un golpe y las llantas chirriaron. Salió a toda velocidad del estacionamiento.

El corazón de Barbara palpitaba descontroladamente. Tenía que llegar al hospital. Janet estaba en problemas. Lo había percibido en la voz de la mujer del mensaje telefónico. Pudo verlo en los ojos del Tigre. Pero ¿qué haría con Hannah? No podía llevarla en el auto sin su asiento de seguridad.

Señor, necesito Tu ayuda como nunca antes. Protege a mi hija. Mantenla a salvo. Y protege a Hannah mientras conduzco.

Ajustó con más firmeza la manta alrededor de Hannah y la metió en el auto. Mientras conducía hacia el hospital, sujetaba con un brazo a la niña y oraba como nunca antes había orado. No sabía qué más hacer.

Primera parte

EL ENTRENADOR

CAPÍTULO 1



FEBRERO DEL 2014

PARTIDO DEL CAMPEONATO ESTATAL

El entrenador John Harrison les dijo a sus Pumas que el partido sería un enfrentamiento reñido, y tenía razón. Fue una batalla de muchas idas y vueltas, palmo a palmo, y ambos equipos jugaron bien, cometiendo pocos errores y corriendo cada vez que el balón iba a la deriva. Cuando la chicharra marcó el final de la primera mitad, los Pumas aventajaban a los Caudillos por tres puntos. En el vestuario, John se recompuso y recurrió a sus días de jugador. Sabía exactamente cómo se sentían esos muchachos: la adrenalina, los músculos adoloridos y el anhelo de ganar. Él lo deseaba tanto como ellos... quizás, más.

«Seguiremos lanzando a la canasta —dijo—. Vamos a atacar su defensa y a obligarlos a cometer faltas. Esta es nuestra noche. Vamos a ganar este partido».

John tenía décadas de experiencia como jugador y como entrenador. Tenía cuarenta y cinco años, pero se sentía de veinticinco, y un partido como este lo ayudaba a sacar a la luz todas sus ansias de competir. Su cabello oscuro escaseaba un poco, pero, fuera de eso y de los pocos kilos de más que tenía, se sentía en su mejor momento. Estaba hecho para partidos como este, para el reto de jugar contra un buen equipo con un buen entrenador.

Sin embargo, durante la segunda mitad, la confianza que tenía en sí mismo decayó cuando los Caudillos los superaron. Recuperó cierta esperanza cuando su hijo Ethan anotó un triple faltando ocho minutos para el final.

«Es nuestro momento —dijo John en el tiempo muerto—. Estamos dos puntos arriba. No quitemos el pie del acelerador. Pases firmes. Acérquense a la canasta y hagan un buen tiro, o saquen una falta».

John sabía que entrenar era recordarles a sus jugadores. En medio de la batalla, los jugadores necesitaban escuchar las palabras del entrenador. Háblales, háblales de nuevo y sigue por ese camino. Mientras hablaba, sintió que el impulso los favorecía. El público estaba con ellos, los alentaban, ¿y por qué no lo haría? Estaban jugando en su propio gimnasio. La liga había tomado esa decisión un año antes debido a su tamaño y a su ubicación. Los Pumas estaban sacando provecho de su propia cancha.

John interceptó a Ethan cuando terminaba el tiempo muerto.

—¿Cómo te sientes?

—Me sentiría mejor si tuviéramos una ventaja mayor —dijo Ethan.

John sonrió. En la jugada siguiente, los Caudillos avanzaron a la canasta y un jugador de los Pumas se adelantó y recibió el ataque. El árbitro tocó el silbato y cobró una falta defensiva contra los Pumas. John se cruzó de brazos, le lanzó una mirada fulminante al árbitro y pidió la jugada siguiente.

El impulso es un amigo cruel, y se volvió en contra de John y de su equipo. Faltando dos minutos, perdían por ocho puntos. Cuando se juntaron en la banda, John trató desesperadamente de lograr que el equipo recuperara la confianza.

—Mírenme —dijo John intensamente—. Quiero que me miren todos. Este es exactamente el punto en el que estábamos la última vez que jugamos contra ellos: persiguiéndolos de atrás. ¿Recuerdan qué pasó? Tienen miedo de que lo hagamos otra vez.

—Hagámoslo otra vez —dijo Ty Jones.

El equipo atacó la cancha con los ojos en llamas. Ethan anotó rápidamente. En seguida, robó el balón y lo metió en la canasta. Faltando menos de un minuto para el final, el marcador indicaba 84–80. John vociferó que presionaran en toda la cancha y obligaran a los Caudillos a pedir su último tiempo muerto.

«¡Vengan, vengan, vengan!», gritó John, juntando al equipo. El público estaba enloquecido. Los muchachos lo rodearon, sudorosos, jadeantes, fatigados. Pero vio que los jugadores ansiaban que les dijera algo. Sabían que tenían un entrenador que creía en ellos.

«Muy bien, escuchen: ellos van a tratar de retener el balón y dejar que corra el tiempo. Ustedes tienen que seguir presionando. ¡Métanse frente a ellos! Cuando recuperemos el balón, hagan la doble flex y busquen a Ethan o a Jeff para un triple. Luego, luchen por el balón. Mantengan la presión en toda la cancha hasta que se termine. *Pumas* a la cuenta de tres».

John contó a gritos y las manos se levantaron en el aire, exclamando: «¡Pumas!».

John lo vio en sus rostros. Les había dado confianza al decir: «*Cuando* recuperemos el balón...». No había ningún cuestionamiento ni duda en su voz.

Los Pumas se basaban en tres jugadores: Ty, Ethan y Jeff. John bromeaba con que ellos tres habían jugado juntos desde que usaban pañales. Los otros equipos temían la fuerza de Ty/Ethan/Jeff porque funcionaban con una sola mente y un solo corazón. Un entrenador rival los llamaba los «velociraptors» por su capacidad para coordinar.

John echó un vistazo a su esposa, Amy, que estaba sentada en la tribuna con su hijo menor, Will. Amy había asistido a todos los partidos de esta temporada para alentarlos, pero alentaba doblemente a Ethan, su hijo mayor. Amy lo miró y él sonrió, sabiendo que ella lo apoyaba.

Ty interceptó un saque de banda y el balón fue hacia Jeff Baker, quien coló un triple. Con solo diecisiete segundos restantes, los Pumas iban bien encaminados.

No había tiempo para festejar. John hizo un gesto con la mano y pidió a gritos que presionaran en toda la cancha. Necesitaban robar una vez más y meter una canasta para adelantarse.

En vez de esperar a que corriera el reloj, los Caudillos avanzaron hacia la canasta, pero perdieron un tiro bajo el aro. Otro Caudillo rebotó el balón y lo clavó en el aro. Los Caudillos los aventajaban 86 a 83.

Mientras hubiera tiempo en el reloj, había una oportunidad.

«¡Ethan!», gritó.

El balón fue hacia su hijo. Quedaban tres segundos. Ethan dribló dos veces corriendo hacia la mitad de la cancha.

«¡Lánzala! ¡Lánzala! ¡Lánzala!».

Ethan lanzó un tiro alto y arqueado. Mientras el balón descendía, sonó la chicharra, pero, en lugar de entrar zumbando por la red, el balón rebotó en el borde del aro y brincó hacia afuera.

Los Caudillos festejaron. Ethan apoyó las manos detrás de su cabeza y se arrodilló, completamente exhausto. Un silencio cayó sobre el gimnasio, y John miró el marcador. Quería caer de rodillas, como algunos de sus jugadores. Pero no podía. En cambio, aplaudió y exhortó a Ethan a que se levantara, mientras el público local coreaba:

«¡Estamos orgullosos de ustedes! ¡Estamos orgullosos de ustedes!».

John estrechó la mano del entrenador de los Caudillos y lo felicitó.

—Tiene un gran equipo, Harrison —le correspondió el hombre—. Esta noche, tuvimos suerte.

—La suerte no tuvo nada que ver con esto. Pelearon duro. Buen trabajo.

Mientras salía de la cancha, miró a Amy y a Will, estrechamente abrazados y visiblemente abatidos porque habían perdido. Habían estado seguros de que este sería el año. En cambio, John volvía a ser subcampeón.

John encontró a Ethan fuera del vestuario y agarró a su hijo para abrazarlo. Ya casi era tan alto como John. Cuando entraron, escucharon el parloteo de muchachos derrotados.

—Los teníamos —dijo Jeff—. Los árbitros les regalaron el partido.

—Me atacaron toda la noche y los árbitros no cobraron nada —dijo Ty.

John solicitó su atención y respiró hondo, buscando palabras que él mismo pudiera creer. Lo que se suponía sería una fiesta parecía un funeral. Tenía que ayudarlos a ver algo que no podían.

—Muy bien, muchachos, mírenme —empezó—. Yo también quería ganar.

Miró a Ethan y luego a los demás. Sumando su voz a la de una gran nube de entrenadores anteriores, dijo:

—Estoy orgulloso de ustedes.

Los muchachos se quedaron mirándolo, y le creyeron. Pudo verlo en sus rostros. Y supo que las palabras que seguían no eran solo para ellos, sino también para su propio corazón.

—Y esta es la buena noticia: ese equipo es el obstáculo más difícil que enfrentaremos el año que viene. Cuatro de sus jugadores principales están por graduarse, mientras que todos ustedes volverán. Seremos mucho más fuertes. Lo cual significa que la próxima temporada, nos llevaremos todo.

Sus palabras los alcanzaron. Aunque estaban devastados por haber perdido, asintieron y aceptaron el desafío. Les había dado una esperanza en medio de la derrota. Qué lástima que esa esperanza para la siguiente temporada no hubiera venido acompañada del trofeo de este año.

